

G. WINDELBAND

Introducción a la Filosofía

(Trad. por el Dr. Francisco N. D'Andrea)

PRIMERA PARTE

PROBLEMAS TEORICOS

(Cuestiones acerca del saber)

1. — ESENCIA Y APARIENCIA

1. Verdadera y aparente realidad. — 2. La realidad metafísica y la empírica, la absoluta y la relativa. — 3. Apariencia subjetiva y apariencia objetiva. — 4. Positivismo. — 5. Metafísica y religión. — 6. Metafísica como hipótesis de ideales. — 7. Métodos filosóficos. — 8. Lo incondicionado. — 9. La apariencia trascendental.

Una vista de conjunto provisoria acerca de la esfera de los problemas del ser la obtenemos mediante la simple reflexión sobre la representación del mundo según el vulgo. Creemos en nuestra experiencia conocer cosas entre las cuales sucede algo; pues bien: los problemas teóricos se pueden en breves preguntas catequísticas reducir a las tres fórmulas siguientes: *¿Qué es esto? ¿Cómo sucede esto? ¿Cómo lo sabemos?* Es decir, que se trata del *ser*, del *ocurrir* y de la *conoscibilidad del mundo*, y las preguntas se convierten en tres clases de problemas, que nosotros; sin perjuicio de las conexiones que hay entre ellos, podemos distinguir en problemas ónticos, genéticos y noéticos.

Antes de estudiarlos separadamente debemos anteponer una investigación común a todos ellos. Por lo pronto esas cuestiones elementales presuponen una *conmoción*, en el sentido ya indicado, de la conciencia primaria, que suele conformarse con la percepción ingenua y con las opiniones que de ella se han derivado espontáneamente. Sin dicha *conmoción*, la experiencia habitual cotidiana no se nos volvería un problema. Tene-

(1) Ver número anterior.

mos, como se sabe, representaciones de las cosas y de los fenómenos que se producen entre éstas, y se considera tales representaciones como nuestro saber acerca de cosas y fenómenos; de manera que aquellas preguntas significan la duda de si el sér y el acaecer son en realidad como nosotros ingenuamente los pensamos; se tiene la sospecha de que en verdad todo podría ser de una manera completamente distinta, y que el pretendido saber anterior haya de ceder a otro más cierto. Nuestro asombro nos sugiere la posibilidad de que detrás de lo que en un principio considerábamos como real, haya otro real que deba ser buscado previamente. Esto es lo que expresamos por medio de la relación intelectual de esencia y apariencia.

1. — ESENCIA Y APARIENCIA

1.— La realidad verdadera y la aparente.

La distinción que pensamos en las dos categorías de la esencia y apariencia es la presuposición fundamental de todo el pensamiento científico y, en consecuencia, de todo el pensamiento filosófico; es la forma más general en que se expresa el pensamiento. Tal distinción significa que no quedamos satisfechos con nuestra imagen de primera vista del mundo y de la vida, que precisamente podríamos llegar a saber qué significa en verdad esa imagen y qué hay detrás de ella. Hay en eso una idea vaga, una duda escéptica de si la realidad no es un algo distinto de como el hombre la concibe en su percepción y opinión ingenuas. Lo real no es tal vez como parece: las representaciones provisionalmente dadas en la experiencia ingenua "sólo" tienen el valor de la apariencia.

Esta presuposición fundamental se muestra a través de todo el pensamiento filosófico. Es verdad de toda cavilación lo que Mefisto dice de Fausto:

"weit entfernt von allem Schein
nur in der Wesen Tiefe trachtet". (1)

(1) Por completo indiferente a las apariencias, busca tan sólo la esencia de los seres.

Se la suele llamar preferentemente la busca de la *cosa en sí*; pero este nombre que acostumbramos darle, desde Wolff y Kant, indica una cosa vetustísima, conocida hace muchísimo tiempo. La *cosa en sí* tiene numerosos y bien contados abuelos; desde los antiguos Jonios, desde los Eleáticos, desde Platón se la considera como lo más natural del mundo. Cuando los Milesios preguntan por la substancia universal, la ἀρχή, y la encuentran en la materia. en el ἀπειρον, cuando a la aparente realidad de los sentidos le dan por base Empédocles y Anaxágoras los *elementos*, los Pitagóricos los *números*, Demócrito y Leucipo los *átomos*, Platón las *ideas*, Aristóteles las *entelequias*, ¿qué otra cosa es todo esto sino la busca de la esencia, que está detrás de las apariencias? El pensamiento siempre procura determinar en forma inteligible, lo propiamente real, como lo llamaba Demócrito, το ἐτερον, o lo verdaderamente real, como lo llamaba Platón, το ὑπερῶς ὄν.

Esta oposición entre la *verdadera* y la *aparente realidad* significa una distinción de valores en el concepto mismo de la realidad. La aparente multiformidad de las cosas no debe a este efecto ser considerada como vana, como pura apariencia, sino que apariencia quiere decir realidad secundaria, una realidad de segunda clase, ni más ni menos que una realidad “sólo aparente”. Así por ejemplo, el hombre de ciencia nos enseña hoy que la verdadera esencia de las cosas, la realidad primaria, consiste en los átomos, y todo lo que se nos presenta en la percepción ingenua como cosa real, es precisamente una apariencia formada por aquéllos.

Para lo verdaderamente real, en este sentido, Platón introdujo la palabra οὐσία que reproducimos exactamente con el concepto de la esencia (en alemán *Wesen*). En la terminología latina medieval se le llama *essentia* y se le contrapone la *existentia*; y mientras Wolff y Kant emplean para estos mismos conceptos la designación de *cosa en sí* y *apariencia*, en Hegel encontramos la distinción de *sér* y *existir* (*Sein* y *Dasein*). La diversidad de matiz de estas expresiones la hemos de aprender más adelante: lo que hay de común en esos matices es la esci-

sión de la realidad en una verdadera, existente de por sí, y otra de valor secundario, aparente, una original y genuina, la otra derivada y sólo semi real. Esta última expresión hay que tomarla sólo una que otra vez completamente al pie de la letra, en los filósofos, cuando ellos, como por ejemplo Platón, tratan la apariencia como una mezcla del sér y del no sér; y por oposición a ella entonces se llama “el puro sér” a la verdadera realidad.

Desde un comienzo los pensadores se han percatado de que la distinción hecha de este modo deriva de una diversidad en las formas de la representación, es decir: la apariencia consiste en lo que se percibe y en las opiniones que se forman acerca de ello gracias al espontáneo movimiento de la representación, mientras la esencia sólo se revela a la reflexión intelectual y deliberada. La oposición, entonces, de esencia y apariencia corresponde a la de *pensar* y *percibir*.

Las esencias son los νοούμενα pensados por la razón, y las apariencias son los φαινόμενα recogidos por la percepción. Según esto el esfuerzo de la Filosofía puede en general considerarse como dirigido a penetrar mediante el pensamiento en el verdadero sér, detrás de las apariencias que nos son dadas por la percepción. Así obtiene su significación real la palabra “Metafísica”. Su origen histórico, como se sabe, es casual y exterior, pues la obra aristotélica de este título fué designada por el editor con el título de los libros que siguen a la Física, τὰ μετὰ τὰ φυσικὰ βιβλία. La investigación de los últimos principios del sér y del pensar que se emprendió en estos libros por distintos costados, va en efecto generalmente μετὰ τὰ φυσικὰ “hacia más allá de la apariencia sensible”. De ahí que llamemos “Metafísica” a la doctrina de la verdadera realidad”; y por lo mismo se llamó exigencia metafísica esa aspiración a una visión del mundo inteligiblemente establecida.

2. — La realidad metafísica y la empírica, la absoluta y la relativa.

En este sentido, cuando se discurre sobre esencia y apariencia, se habla también de realidad metafísica, que corres-

ponde a la esencia, en correlación a la realidad de valor secundario, derivada, con que deben de conformarse las apariencias: y en consonancia con esto la última es caracterizada también como *realidad empírica*, o conforme con la experiencia, realidad accesible a la percepción o semi-realidad de lo que existe. En esta terminología en que “metafísico” y “empírico” se contraponen en el mismo sentido que “esencia” y “apariciencia”, hay naturalmente desde ya una determinada coloración noética de esa presuposición fundamental de lo que abordaremos luego. Por ahora nos ocuparemos de otra formación de las mismas categorías (de apariencia y realidad) en que se presentan como *realidad absoluta* y *realidad relativa*. Lo primario, propiamente y en sí real, *el verdadero sér*, la esencia, la realidad metafísica se llama lo absolutamente real o también lo absoluto; la realidad secundaria, impropia, la existencia o la realidad empírica es sólo la realidad relativa, o sea aquélla cuya especie de sér real se debe sólo a una relación, a una referencia con lo que es propiamente real. Tal relatividad, sin embargo, puede ser concebida en dos distintos sentidos: o las apariencias, más allá de las cuales se llegará a penetrar en lo verdaderamente real, son ellas mismas expresiones y resultados de lo verdaderamente real, pero precisamente por ser derivadas de allí son una realidad de segunda clase; o ellas sólo son las representaciones con que la conciencia cognoscitiva, conforme a su propia naturaleza, concibe la verdadera realidad.

3. — Apariencia subjetiva y apariencia objetiva.

Esta distinción difícilmente puede ser indicada de otra manera que por las expresiones “objetivo” y “subjetivo”, si bien el abuso que de este par de conceptos se ha hecho, debería en lo posible prohibir su empleo. En este caso, sin embargo, el emplearlas aquí apenas daría lugar a equivocaciones. La antítesis que se considera se ilustra fácilmente indicando las doctrinas metafísicas generalmente más conocidas. En Spinoza el verdadero sér es la divinidad o la naturaleza como substancia

única, y al contrario el sér relativo, los modos son las apariencias objetivas de aquélla. En Schopenhauer el verdadero sér es la voluntad, y al contrario el sér relativo, el mundo empírico es la apariencia como fenómeno subjetivo formado en la conciencia según el espacio, el tiempo y la causalidad. Esta doble relatividad según la cual la apariencia es pensada, sea objetivamente como consecuencia, como real expresión (*exprimere* en Spinoza) de lo esencial y primariamente real, sea subjetivamente como forma de representación de lo verdaderamente real, esta doble relación, decimos, nos anticipa lo siguiente: los problemas ónticos, las cuestiones acerca del verdadero sér terminarán en parte en cuestiones genéticas, en parte en cuestiones noéticas, esto es, o en cuestiones acerca de la posibilidad del acaecer o en las relativas a la posibilidad del conocer.

4. — Positvismo.

Por de pronto, esta variedad de la terminología, que a pesar de los diversos matices de relación siempre expresa la antítesis de esencia y apariencia, nos permite reconocer que uno de los constantes motivos de la filosofía es el buscar detrás de la realidad aparente una verdadera realidad. ¿Qué fundamento tiene esta tendencia persistente? ¿Qué conmovición la justifica? Esa tendencia no ha quedado de ningún modo sin contradicción. Hay una manera de pensar que considera como el más alto principio de toda sabiduría conformarse con el dato: la llamamos hoy "positiva". Lo hacemos en el mismo sentido en que también llamamos positivo el dato admitido sin crítica como verdadero. Así se llama religión positiva la dada históricamente en cuanto sin objeción alguna es reconocida o exige ser reconocida como realmente predominante; así también hablamos del derecho ideal críticamente buscado. De igual manera se llama entonces Teología o Jurisprudencia positivas a estas disciplinas cuando se quedan sin más en el marco de lo efectivamente admitido como verdadero; y dentro de ellas se llaman a su vez direcciones u opiniones positivas las que se

aferran a considerar el dato como existente de derecho. Así se llaman después, en general, ciencias positivas aquéllas que creen que deben o quieren no hacer otra cosa que comprobar hechos, y, en fin, se denomina *Filosofía Positiva* o *Positivismo* la doctrina que consiste en la reunión de las ciencias positivas, que pretende que todo pensar y saber sólo puede y debe tener por objeto lo realmente dado, y que es ilusorio y patológico esforzarse por pasar más allá en pos de una primera y "verdadera realidad".

A la vez funda el Positivismo dicho veto, sobre todo, en que no hay semejante sér detrás de la apariencia; es una ficción, un fantasma. En esto consiste, como todavía ha de verse en las cuestiones noéticas, la profunda diferencia de concepción entre las doctrinas críticas o agnósticas por un lado y la positiva por el otro. Aquéllas niegan, en efecto, también la cognoscibilidad de la cosa en sí o de lo absoluto, para afirmar tanto más enérgicamente su realidad más allá de la apariencia; ésta explica lo incognoscible como una ilusión y afirma por boca de su representante típico: *Tout est relatif, voilà le seul principe absolu*. Detrás de las apariencias no hay nada no sólo para nosotros pero tampoco en sí. Esta opinión, cuyas primeras raíces se encuentran acaso en la antigüedad, pero en todo caso en los tiempos modernos ya antes de Augusto Comte, es sostenida en nuestros días también por la llamada Filosofía Inmanente. Se la llama así desde Avenarius, y cree con eso, como ya una vez Berkeley, volver a la más sencilla y más natural idea del mundo. Para ella todas las formas de la Metafísica son tentativas, desde un principio equivocadas y condenadas al fracaso, de un pensamiento engañoso y trascendente que ha querido buscar detrás de los hechos todavía otro y verdadero sér o esencia. La manera inmanente y positiva de pensar rechaza por consiguiente la legitimidad de indicar el dato como apariencia en el sentido de nuestra categoría, pues esto presupondría, en efecto, desde ya la relación

con una esencia que se manifiesta en aquél, o sea con una cosa en sí (1).

Tal positivismo inmanente, según toda la exposición que antecede, es ni más ni menos que lo contrario de la Filosofía, es la negación del móvil intelectual que la gobierna. Este, como la historia lo muestra, se dirige innegablemente a la realidad metafísica, y en este sentido, de hecho la Filosofía es por necesidad pensar trascendente. Cuando se piensa haber reconocido en este concepto un extravío perpetuo, una ilusión de la conciencia científica, entonces, en verdad, ha llegado el fin de la Filosofía, y lo mejor es suprimir junto con la cosa también el nombre. Con lo absolutamente real se acaba también la Filosofía que querría ocuparse de él: quedan entonces subsistentes sólo las distintas ciencias de los hechos, y la Filosofía habría de enorgullecerse de dar su nombre a las exposiciones de conjunto en que se reunirían los más importantes de tales hechos.

5. — Metafísica y religión.

El positivismo, que se jacta de presentarse por eso como la Filosofía puramente científica, al abandonar la busca de la verdadera esencia de las cosas, se basa en que no han sido de carácter científico los motivos por los cuales se ha dejado seducir el pensamiento para esforzarse por ultrapasar el dato.

El positivismo suele poner de relieve, en el sentido de la doctrina que Turgot y Comte han expuesto como ley de los tres estadios, que la idea que los hombres se forman del mundo pasa con paulatina rectificación del estadio teológico al metafísico y por fin del metafísico al positivo, y se mantiene en los dos primeros por la fuerza tenaz de exigencias trascendentales del corazón humano. Lo cual es exacto. No se

(1) Con razón Jacobi, sin duda no en el sentido de positivismo, ha argumentado contra Kant, que es una "petitio principii" llamar apariencia al contenido de la experiencia e inferir por eso que a la apariencia debiera corresponder una cosa en sí como algo que de que es apariencia.

puede definir bien el sentimiento religioso fundamental si no se lo deriva, como ocurre exactamente con la exigencia metafísica, del descontento del espíritu con el dato positivo, con lo terreno: también reconocemos en ese sentimiento la aspiración fundamental hacia lo más alto y lo más profundo, hacia lo supraterrano. La religión es siempre un descontento con el mundo, es siempre una busca de lo más puro, lo mejor, lo más durable, de lo eterno y extra-espacial. Este parentesco de la religión y la metafísica es indubitable y no puede desconocerse. Nos bastará considerar como ejemplo los más profundos motivos de la doctrina de Platón, para reconocer en seguida que la energía con que él condujo la demostración racional de la realidad del mundo suprasensible, descansa seguramente sobre una exigencia religiosa. El sentimiento de la insuficiencia del dato dicta el postulado de otro mundo más elevado que está misteriosamente detrás de este mundo de los sentidos. Platón denomina esta aspiración religioso-metafísica, el $\xi\rho\omega\varsigma$, la nostalgia que de una patria mejor siente el alma. Y como en Platón también en muchos otros están las doctrinas metafísicas arraigadas en las aspiraciones de los sentimientos religiosos y en la práctica de las ideas religiosas. Recuérdense solamente a este respecto de qué manera en sus Meditaciones, hasta en la construcción de su doctrina puramente teórica, exento de todo interés íntimamente religioso, Descartes se ha mantenido de acuerdo con las presuposiciones admitidas del concepto de Dios. Pero todavía más: ¡Cuán poderosos motivos del pensar metafísico se hallan en la exigencia de concebir el mundo como un organismo viviente, como obra de arte unificada! La filosofía del Renacimiento y la del idealismo alemán nos presentan a cada paso los ejemplos. ¡Cómo ayuda a la fantasía a completar el dato en cuanto es una fracción del todo, a pensar los comienzos y llevarlos a sus últimas conclusiones, a volar por el vasto imperio de la infinita y verdadera realidad partiendo de las vallas de lo positivo y no satisfactorio!

Pero ¿por qué amontonar ejemplos? Esta urdimbre religiosa, ética, estética, en la tela de los sistemas filosóficos es el

más evidente de todos los hechos. La Filosofía no es nunca un pensar que prescindí de los valores; ella ha sido siempre un pensar poderosa y conscientemente estimativo. Nunca se ha limitado a lo que se posee como dato en las llamadas ciencias exactas; siempre ha buscado sus temas en el círculo entero de la cultura, en la vida y en sus necesidades de conciencia y de anhelos religiosos, políticos, artísticos. Ella ha reclamado siempre el derecho de pensar el mundo de tal modo que en su más profunda base, más allá de la insuficiencia de la apariencia, las apreciaciones espirituales debieran ser la realidad viviente: la Metafísica es la hipostasización de ideales.

El filósofo mismo muchas veces tal vez no lo sabe: sólo la crítica posterior establece en qué medida sus convicciones, sus juicios de valor, le han determinado en el ensanchamiento e integración de su saber. Fué elevada por Kant a claridad consciente esta relación de los motivos. En él la razón teórica amenaza poner en cuestión no únicamente la *cognoscibilidad*, sino la propia *pensabilidad* de lo suprasensible, o sea de la realidad metafísica, o por lo menos la hace completamente problemática: la razón práctica es la primera en realizar lo suprasensible y da la certeza de un mundo más alto, el de la metafísica ético-religiosa, el cual está detrás de las apariencias.

De manera que de hecho, hay motivos prácticos hasta en el efectivo planteamiento general del problema, el cual planteamiento exige la busca de la "verdadera" realidad. La legitimidad de estos motivos puede, como lo fué por Kant, ser afirmada, o, como por el Positivismo, ser discutida; no tenemos que pronunciarnos ahora, pues se trata de un problema noético de prominente significación. Basta haber admitido en este sitio que las dichas exigencias prácticas muchas veces fueron la causa y el criterio para el pasaje más allá del dato. Pero discutimos al Positivismo el derecho de afirmar que esos motivos presentados por él como ilegítimamente científicos sean los únicos que sirven de base al pensar metafísico. No podemos admitir que con aquel hecho quede demostrado que ese esfuerzo sea equivocado en su raíz. Debemos más bien preguntar si no hay también motivos puramente teóricos—y por cierto del

todo indubitables y legítimos—que sirvan de fundamento a dicha investigación de lo verdaderamente real.

6. — La metafísica como hipóstasis de ideales.

Esta pregunta debe contestarse afirmativamente y de una manera categórica. En favor de esta respuesta habla una significativa presunción histórica: los antiguos Jonios, o sea los fundadores de la Filosofía, son los que en este caso nos muestran el camino certero. Ellos por cierto están por encima de cualquier sospecha de preocupación sentimental. Intelectualmente adversarios de la fantasía religiosa por su ingenuamente impasible indiferencia hacia los juicios humanos de valor, son los verdaderos tipos del puro teoricismo; no perturbados por los intereses religiosos, éticos o estéticos siguen sólo el amor al saber. Esta es su gloria y su fuerza, la fuerza de la unilateralidad. Ellos se contraponen a las tendencias dogmáticas, no tienen ninguna ética, nada les importa de la belleza. Y precisamente estos antiquísimos Jonios son los verdaderos metafísicos que buscan el verdadero sér más allá de la apariencia. ¿O se trataba, en efecto, de otra cosa cuando Tales afirmaba que toda esta multiplicidad de cosas cambiantes, sólo significa la transformación de un único Proteo, el agua? ¿O cuando su amigo Anaximandro decía que el agua no podía ser la verdadera esencia, la causa primera, porque en definitiva era limitada y se agotaría en las formas? Según él, debía pensarse una materia eterna, infinita (τὸ ἀπειρον) que ilimitadamente, por medio siempre de nuevas disgregaciones, desenvolvía de sí misma las cosas pasajeras. Esto era, literalmente, el pasaje del pensamiento μετὰ τὰ φυσικά, detrás de lo físico, pero ese pasaje se hizo solamente por motivos teóricos. ¿Y por cuáles? El dato positivo de las apariencias no satisface las exigencias científicas del pensar conceptual; por esa razón debía imaginarse algo, construirse conceptualmente algo, y eso fué lo propio y verdaderamente real. Era la hipostasización de un ideal lógico, y es completamente errado presentar estas hipótesis co-

mo ficciones, porque los filósofos entendieron de esa manera haber precisamente reconocido lo verdaderamente real. El pensar metafísico, en consecuencia, se muestra en su origen obligado desde un punto de vista puramente lógico, a admitir algo que satisfaga la exigencia de la reflexión intelectual y explicativa, y no teme, cuando el mundo de lo percibido no lo presenta, afirmar el postulado conceptual como la verdadera realidad que se halla detrás de aquel mundo. Exactamente así han hecho los Eleáticos con el concepto del sér. Ellos ponen la exigencia (y en verdad hay en ello precisamente sólo una exigencia lógica, no ética o estética, ni en general exigencia axiológica), de que debe haber en verdad algo de existente (ἔστι γὰς εἶναι) , que es verdaderamente y no sólo relativamente: pues lo que parece ser en el mundo dado no *es* en ese sentido; alguna vez no fué y alguna vez no será; en consecuencia, es sólo aparente, es mentira y engaño de los sentidos. El pensamiento, pues, exige otro sér, el solo verdadero, el sér absoluto, si bien después no sabe absolutamente dar una idea de lo que es.

7. — Métodos filosóficos.

En esta primitiva dialéctica que lucha penosamente con el lenguaje se muestra sin duda el concepto intelectual del sér con tanta fuerza que en cuanto se lo afirma queda frente a él negado el entero mundo de la percepción. El pensamiento, una vez consciente de sí mismo, se robustece contraponiéndose a la percepción como conocimiento más verdadero. En estas experiencias de los pensadores se basan: la opinión de que el conocimiento del no perceptible pero verdadero sér debe ser una actividad intelectual del todo original, y a la vez la exigencia de un particular método de la Filosofía, que sea absolutamente distinto de la forma de conocer de las ciencias que se ocupan de las apariencias. Ya Platón considera su dialéctica como el método del saber filosófico ἐπιστήμη en contraposición al opinar de la conciencia empírica (δόξα), y desde

entonces hasta la elaboración de los conceptos, según el método de las relaciones, de Herbart, y el método dialéctico de Hegel, vemos que numerosas tentativas de determinar ese objeto se propagan en la historia con éxito más o menos pasajero. Se pueden distinguir en esas tentativas dos direcciones capitales que corresponden a la doble relación entre esencia y apariencia. Por uno de los lados debe, en efecto, la esencia ser otra cosa que las apariencias, y quien lo acentúe decisivamente y por esta razón haga resaltar la dualidad de realidad verdadera y realidad aparente, ése siempre se inclinará a buscar en el puro pensar la posibilidad de coger la esencia y a emplear para ello un método en cierto modo constructivo. Pero por el otro lado, la esencia es justamente lo que se muestra en las apariencias, y el que considere este lado positivo de la relación, el que diga con Herbart: "Tantas apariencias, tantas indicaciones" acerca del sér, ése deberá preocuparse de llegar al verdadero sér partiendo de las apariencias, en las mismas o parecidas maneras en que lo hacen en sus territorios delimitados las ciencias particulares. En este sentido, por ejemplo, Demócrito formuló el principio de pensar la verdadera esencia de manera que queden subsistentes las apariencias (*διασώζειν τὰ φαινόμενα*). La primera de estas direcciones corre el riesgo, en la determinación de la esencia, en la que solamente se empeña, de perder de vista la explicación de las apariencias, mediante las cuales sin embargo la esencia debiera ser pensada; la otra dirección, al contrario, en cuanto persigue principalmente aquella explicación, caerá en el peligro contrario de quedar detenida en las apariencias y en los conceptos de las ciencias particulares.

8. — Lo incondicionado.

Pero en cualquier caso deberemos estar preparados a encontrar en la Metafísica una hipostasización de ideales, en el mejor caso, de ideales lógicos. El sér puro y verdadero es lo que *debiera ser*, sea según las exigencias de la conciencia de los valores, sea según los postulados del pensar conceptual

—lo que debiera ser, pero que no es en la realidad empírica,—y por esa razón allende esta realidad es pensado, debe ser pensado como realidad metafísica. Entre dichos motivos de los postulados teóricos hay que hacer resaltar uno especialmente, porque repitiéndose en distintas formas, es apropiado para revelar a la vez la necesidad y la insolubilidad de los problemas. Este motivo metafísico fundamental consiste en la infinitud que en las relaciones del dato positivo se presenta en todas direcciones. Cualquier dato empírico de que tenemos experiencia es limitado, indica otro con el que se halla en correspondencia y con el que juntamente determina una unidad de cierta especie. Esto ya está basado en el carácter sintético fundamental de la conciencia misma, la cual, mediante una cierta forma, reduce siempre a unidad cualquier multiplicidad de contenido; todo conocer está en este sentido dirigido a pensar sólo los enlaces conceptuales fundados en la homogeneidad real del contenido de la conciencia. Pero cada una de estas formas señala en su aplicación, aún a lo más particular, inmediatamente hacia lo infinito. Esto se muestra por lo pronto en la concepción del espacio: cualquier forma corporal de que nosotros tenemos experiencia percibiéndola, está delimitada, y con lo circunscripto forma parte a la vez de una unidad superior que es el espacio común que envuelve a dicha forma junto con su alrededor. Sin embargo, esta subordinación no tiene límites; más allá de cualquier límite que nosotros intentamos establecer encontramos siempre de nuevo unidades ulteriores y más vastas. Análogamente cualquier objeto que nosotros queramos pensar como realidad aislada, estará en relación con otro, y éste a su vez con otro y en una palabra con todo el resto, o sea hasta lo infinito. Y análogamente cualquier suceso señala otro que está a sus espaldas, del que es continuación y transformación, e igualmente otro delante de él, en el que se continuará y transformará; también estas líneas señalan temporal y materialmente en ambas direcciones hacia lo infinito. Tal infinitud de lo limitado que está determinado y condicionado tan sólo por su delimitación no le permite al intelecto que

quiera coger esa determinación y condicionalidad llegar nunca a la quietud, dentro del mundo de la apariencia, por mucho que lo recorra con la fantasía. Por esta razón el intelecto no se aquietará sino en la representación de un *incondicionado*, el que es algo distinto de lo particular y condicionado, y también de la suma de todas las apariencias particulares condicionadas. De igual modo el único espacio infinito es algo completamente distinto de la suma de todos los espacios de que tenemos experiencia, y también de la suma de todos los espacios finitos, añadidos a aquéllos, por decirlo así por la fantasía; no es ningún objeto de la percepción; es algo desconocido para la conciencia ingenua, es un resultado del pensar metafísico. Sucede lo mismo con la cosa absoluta, con la causalidad absoluta, etc. En todos los casos el postulado lógico pasa por encima del dato en pos de la construcción de la realidad absoluta.

9. — La apariencia trascendental.

De este modo, precisamente en esta insuficiencia del dato finito, se muestra aquel antinomismo que implica que las exigencias del intelecto, puesto que no quedan satisfechas en la experiencia, conducen a la construcción de la realidad metafísica, ultra-empírica o super-empírica. Esto lo ha demostrado Kant en su crítica de la Metafísica, la cual critica probó por eso al mismo tiempo la necesidad de la Metafísica. En su introducción a la Dialéctica Trascendental ha puesto de manifiesto esta relación como la *apariencia trascendental*. El mundo aparente de los sentidos muestra puramente las series finitas de lo condicionado, y el entendimiento con su exigencia de determinación, reclama, para la totalidad de las condiciones, una terminación de aquellas series que la intuición sensible de las apariencias no puede ofrecer nunca. Por eso el entendimiento debe pensar tal terminación; pero nunca puede llegar a conocerla precisamente porque para ello no basta ni una parte del contenido dado ni la suma de las partes. Por esa razón, lo incondicionado nunca es dado, sino más bien con real necesidad

impuesto como problema. Los problemas de la Metafísica son problemas de la razón, ineludibles pero jamás solubles. Este es, como es sabido, en la Crítica de la Razón Pura, el nuevo concepto de la "Idea"; la apariencia trascendental, la que explica la Metafísica al mismo tiempo en su objetividad y la destruye en sus pretensiones, consiste en el error de que la necesidad, con que se piensan las "Ideas" y se presentan como problemas, se considera como la solución de estos problemas y como el conocimiento de un objeto, o sea de la verdadera realidad. Este concepto kantiano de la apariencia trascendental es en efecto la clave para la comprensión de la historia de la Metafísica. Ese mismo concepto significa el hecho innegable de que nuestro pensamiento, en todas partes y en cualquier dirección, es conducido más allá del conocimiento concreto de la realidad empírica: y entonces, sea cualquiera la solubilidad de estos problemas—en cualquier caso—no necesitamos nada más, para estar seguros de que en el trabajo de la Filosofía no tenemos que habérmolas con quimeras, sino con problemas fundados muy realmente.

ERRATAS

Rogamos al lector quiera corregir las erratas más importantes que hemos advertido en los *Prolegómena*, publicados en el número anterior, y que indicamos a continuación:

Página	Línea	Dice:	Debe decir:
163	1	planteado	puesto
164	19	necesarios	útiles
168	3	se presentará	comprenderá
168	30	Después de árbitros añadir:	que son los mismos filósofos.
174	33	sustituir ese renglón por este otro:	del punto de vista se oculta, y esto tanto menos cuanto que ya no existe